

AMANDA LABARCA H.

UN CANTO A LA GLORIA
DE RUSIA

EL Dr. YIVAGO

SINGULAR DESTINO el de esta obra de arte: el fanatismo político se apoderó de su triunfo, y por igual quienes la ensalzaron como los que la han cubierto de vituperios la juzgaron antes de leerla completa. Cayó en medio de las pasiones humanas como un pececillo entre tiburones. ¿Qué no se dijo de ella y de su autor? Marrano, traidor, poeta decadente, majadero, nada se le ha escatimado. Y lo que es peor, la consagración Nobel lo puso al borde de que se le negase el pan, el sol, el agua, el aire de su patria, a él que, a mi juicio, la ha amado con una fidelidad sin límites.

Lo he leído dos veces: en inglés en la edición *Pantheon* de Nueva York en traducción directa del ruso, y en castellano en la de *Indice*, Buenos Aires, que es una versión de la francesa, es decir, una doble traición: "traductore, tradittore". He añorado no saber el ruso, porque en ambas he sentido que recogieron las ideas y las palabras, pero no aquel encanto, aquella música sutil de la forma en que se vacian para hacerlas penetrar en el fondo tembloroso de nuestro yo más íntimo. Y aún así la novela me ha parecido una contribución genial al arte de todos los tiempos.

EL AUTOR. Boris Pasternak es hijo de un célebre pintor moscovita de la gran burguesía de los zares. La revolución de 1917 y antes la guerra del 14 lo alcanzan cuando ya es un joven de más de 20 años. Su familia emigra y se establece en Inglaterra. El, como todo muchacho de la "intelligentzia", decide permanecer: "un hombre debe apretar los dientes y compartir la suerte de su país" (pág. 150) *. Participa en la revolución y vibra todo entero con sus triunfos:

*Todas las referencias a las páginas indican la edición castellana *Indice*. Cuando me ha parecido que

la edición inglesa es más fiel, he traducido directamente.

“La edición especial impresa por un solo lado de la hoja, contenía el comunicado gubernamental de San Petersburgo, anunciando la formación de un Soviet de comisarios del pueblo, la instauración en Rusia del poder soviético y de la dictadura del proletariado. Incluía los decretos primeros del nuevo gobierno y algunas referencias transmitidas por correo y telégrafo... Estaba conmovido por la grandeza, la eterna grandeza de aquel minuto. No conseguía recobrase... Es enloquecedor. Es el milagro de la historia esta revolución, lanzada plenamente en la vida de todos los días, sin preocuparse por ella. Esta no comienza por el principio, sino por el medio, sin plazos fijados de antemano, en días semejantes a todos los otros, mientras los tranvías recorren la ciudad. Eso es lo genial. Sólo lo sublime puede manifestarse tan a destiempo, contra toda esperanza” (págs. 168 y 170).

Ingresa a las filas revolucionarias e incluso desempeña misiones en el extranjero, encomendadas por ese gobierno. Cuando fue necesario, ayudó con las armas. Pero él es un artista y siente profundamente que su colaboración debe ser otra:

“Aquel que sin preocuparse por su pueblo, lo conduce hacia lo universal por medio de la belleza triunfante de sus obras, aquel que de tal manera le proporciona la gloria, e incluso la eternidad, ¿no hace bastante por él?”, (pág. 110).

El escribe poemas, cantos, himnos: *Más allá de las fronteras; Mi hermana, la vida; Temas y variaciones*, etc. Se le proclama el mayor poeta de Rusia. Pero es demasiado libre, demasiado personal para ser un dócil miembro del partido. Se le margina más y más en la obscuridad y para tener derecho a sobrevivir traduce a Shakespeare, a Goethe, a Rilke, a los grandes y eternos voceros del hombre.

El mismo dice que sus poemas son apuntes, bocetos de un pintor que sueña algún día realizar una obra maestra: la epopeya de la revolución. Esa es *El Dr. Yivago*.

EL LIBRO. Trabaja en él por más de diez años y por último lo presenta al “Comité de Escritores”. Solicita su venia para publicarlo y le alienta la esperanza de que no habrá obstáculos. Aguarda confiado, a sabiendas de que todos los trámites burocráticos son largos. Entretanto, un camarada del partido, un italiano, en junio de 1956, de visita en Peredelkino —la villa de los escritores— y en donde habita Pasternak, lee unas páginas y las lleva a Italia para publicarlo. El 22 de noviembre de 1957 aparece en italiano. El veredicto del “Comité de Escritores” había decidido de que “después de

un nuevo examen de la obra, ha juzgado su publicación prematura en el estado actual de los espíritus". ¡Prohibida! El poeta cablegrafía a los editores milaneses; pide que no la entreguen al público. Ya es tarde, Las ediciones se agotan y se suceden unas a otras. El 1º de julio de 1958 ya está en inglés. Alguien la retraduce al ruso y la vende clandestinamente en la Exposición de Bruselas. Se la presenta al jurado de los premios Nobel que le concede el lauro en octubre de ese año. Y se desata la tempestad. Mientras las ediciones en todas las capitales del mundo se suceden por cientos de miles y el público las arrebató infatigablemente, los comunistas de Rusia y sus satélites, que no la habían podido leer, porque a juicio de los jefes aún no estaban sazonados los espíritus para recibirla, le cubrían de improperios: un marrano, un traidor, un Judas. La muy oficial y sumisa "Literatournaia Gazetta" escribió: "Pasternak ha escogido la vergüenza y la infamia; ha calumniado a nuestra patria. Un fin sin gloria espera tanto al Dr. Yivago —ese Judas resucitado— como a su autor. A ambos los sepultará el desprecio popular". Sus colegas, los poetas pagados por el régimen, aconsejan a grandes voces al gobierno expulsarlo del país, privarlo de su dicha más íntima y más pura: respirar el aire de su Rusia por la cual él prefirió sufrir y morir, para la cual él ha querido levantar con su obra un monumento eterno.

LA OBRA. Antaño se hubiera escrito un poema homérico, una epopeya. El tema es grandioso, de proyecciones mundiales. Y habría sido tratado en un estilo retumbante y grandilocuente. Habría tenido estrofas rojas de sangre y de pasión, embriagantes como el vodka, trágicas como los héroes de Esquilo. En nuestro tiempo, en vez de eso, una novela de la generación que vivió ese trastorno ciclópeo, de sus desventuras y esperanzas, de sus infinitos dolores y de los amores que los aliviaron en parte.

La generación es la que nació en los últimos estertores del siglo XIX, que supo de la malograda tentativa revolucionaria de 1904 y creció con la esperanza de un nuevo levantamiento que esta vez, sí, debería triunfar. El autor presenta una muestra —como diría un sociólogo—, un grupo representativo de esa generación: hijos de obreros, de fabricantes, de artistas, de arios y judíos, de plebeyos y aristócratas. Todos son arrastrados por el torbellino furioso e incontrolable. Pero ¿puede considerarse la obra una diatriba contrarrevolucionaria? A mi juicio, no. Después de esa vorágine, de ese terremoto de todas las instituciones, del derrumbe en que se vuelcan siglos y se retrocede hasta el dinosaurio y el megaterio, el país logra levantar

tarse y antes de cuarenta años —¿qué son cuarenta años en la historia?— logra convertirse en una nueva y poderosísima nación. ¿No es acaso su mejor gloria la de haber sido capaz de superar ese caos? Uno se pregunta en virtud de qué íntima unidad de alma, Rusia, esa inmensa Rusia, no estalló en pedazos. No sólo sobrevivió, se engrandeció. Pintar esa implacable realidad, a mi juicio, es glorificar el esfuerzo: de tamaño abismo, nos hemos levantado.

El personaje principal es el que da el nombre al libro y en el que se transparenta al propio autor, Pasternak. Su vida y la de todo el grupo con que se mezcla, se codea, convive, mata, agoniza y ama, va desarrollándose a lo largo de 500 nutridas páginas. Es el trasunto de un largo calvario de veinte años de aquellos que padecieron los horrores de la revolución y sobrevivieron. Arrojados en la corriente ciega fueron llevados, traídos, descendidos y azotados por los acontecimientos, briznas de paja en un tifón que ellos mismos desencadenaron y al cual aman a pesar de su despiadada crueldad.

Al principio, la novela desconcierta al lector no acostumbrado a los nombres rusos, a sus múltiples apelativos y diminutivos; tarda en registrarlos en la memoria, en identificarlos, en comprender los sutiles lazos que entre ellos está zurciendo el destino. Pero cuando ya se avanza en la lectura, uno siente que muchos de sus párrafos no fueron escritos con palabras, sino con sangre, con heridas desgarradas, con el frenesí del amor o de la desesperación.

A Yuri —el Dr. Yivago— la revolución lo alcanza cuando ya es un joven médico que trabaja para su esposa e hijos en un hogar burgués y que lleva la vida de un intelectual ruso. Borronea papeles, escribe versos que no publica, se enreda en interminables controversias con sus amigos, palpita con cada vicisitud de la historia de su país. Las influencias preponderantes en él son los grandes artistas: Turgueneff, Dostoiewski, Tolstoy y, sobre todo, uno de sus tíos, filósofo revolucionario a su manera: Nicolai Nicolaievich Vedeniapin. Este

“aún no había escrito ninguno de los libros que después lo harían famoso. Aunque sus ideas ya se habían delineado, no sabía él mismo cuán cerca estaban de hallar su expresión. Pronto iba a tomar su sitio entre los escritores contemporáneos, profesores universitarios y filósofos de la revolución. Era un hombre que compartía sus inquietudes ideológicas, pero que no tenía nada en común con ellos, excepto la terminología. Nicolai había dejado atrás el tolstoyismo y la ideología revolucionaria y seguía adelante. Apasio-

nadamente buscaba una idea, inspirada, asible, que en su movimiento indicase claramente el camino hacia el cambio, una idea como el chispazo del relámpago o el retumbar del trueno, capaz de hablar aun a un niño o a un iletrado... No vivimos en la naturaleza —decía— vivimos en la historia. ¿Y qué es la historia? Son los siglos de exploración sistemática del enigma de la muerte, para superarla. Por eso la gente descubre el infinito matemático y las ondas electromagnéticas, por eso componen sinfonías. Y bien, Ud. no puede avanzar en esa dirección sin cierta fe, sin un equipo intelectual. ¿Cuál es? Antes que nada amor al prójimo, que es la forma suprema de energía vital. Y luego, los dos ideales básicos del hombre moderno y sin los cuales el hombre moderno es incomprendible: la idea de la personalidad libre y la idea de la vida como un sacrificio". (Págs. 14 y 15).

En los párrafos que hemos transcrito y que se estampan en las primeras páginas de la novela está insinuado mucho del espíritu de ésta. Es como el comienzo de un leit-motiv que se desarrollará plenamente después. Nicolai Nicolaievich vive al lado del Dr. Yivago en los primeros años de la revolución; es su amigo, su consejero. Le infunde su filosofía. Pero es hombre de la otra generación y concluye por ir a buscar un refugio en el extranjero. El Dr. Yivago no piensa jamás en evadir su destino, que es el de compartir con su gente y su tiempo la suerte de Rusia. Es actor y espectador y, como si ello fuera poco, es poeta. Entre los cantos que acompañan al final del libro, en el primero, titulado *Hamlet*, puede encontrarse la clave de su infinita amargura. Es el actor que representa a Hamlet quien habla: "Aparta de mí, Señor, este cáliz. Yo lo he querido y he aceptado representar este papel; pero otro drama está desenvolviéndose en este momento. Por un instante libérame de representar el de Hamlet. Y, sin embargo, el orden de los actos ha sido fijado y nada puede detener la caída de la cortina en el último acto. Estoy solo. Todo lo demás está sumergido en la fariseísmo. Vivir hasta el final no es tarea de niños".

No son juegos de niño; primero, la guerra del 14 y después la revolución del 17. La primera desquició la vida normal y socavó los andamiajes arcaicos y podridos del zarismo que sostenían la arquitectura civil de la nación. La revolución estalló en seguida y todo eso que bamboleaba se derrumbó; cayó como una ciudad desencajada de cuajo por un terremoto. Ya no hubo leyes, ni tradiciones, ni preceptos policíacos. Los que detentaron el poder, en pequeño o en grande, en las olvidadas aldeas como en las capitales imaginaron enemigos en todas partes, persiguieron y asesinaron, se volvieron cavernarios. Los fanatismos son los escudos de todas las crueldades. En nombre de Dios, de los dioses, de la pureza de las doctrinas se borra la piedad del

hombre por el hombre. Muchas veces he pensado si tal abyección nos ocurriría a nosotros, a mí misma; si la cultura y la civilización son cáscaras tan frágiles que saltan al primer empujón y desatan ese trasfondo de salvajismo, de bestialidad que creemos inexistente en nosotros. Si sobre nuestras vidas cayeran esos escombros y tuviéramos que matar para sobrevivir, acosados por el pánico y el hambre ¿hasta qué llegaríamos? ¿Hasta el asesinato, el antropofaguismo?

Para el Dr. Yivago, médico militar en la guerra y en la revolución, y para su familia no se ahorra ninguna de las tragedias que fustigan por igual a quienes fueron gentes honorables y acomodadas y a quienes vivieron en truhanerías y ruindades. Pero la vida sigue; la vida quiere continuar, a pesar de todo. Se desbandan los hogares, se extravían los parientes; el padre ignora qué se ha hecho de sus hijos; pero el corazón ávido de amor, busca y encuentra la compañía humana. Y depara instantes inefables de dicha en la desnudez, en el dolor, en la infinita miseria.

Está muy bien presentada la perspectiva en el cuadro de los tres amores de ese hombre: el de su juventud apacible: su mujer, Tonia, y sus hijos, a quienes ama con ternura inmensa. Arrancado a su compañía, envuelto en el torbellino del cual no ve salida, halla a Larissa Feodorovna Guishar (Lara). Se encuentran "en el medio del camino de la vida".

Sus experiencias anteriores les han enseñado a distinguir y apreciar lo valioso y esencial en las relaciones de ser a ser. Están en su plenitud, cuando corre con el máximo vigor el caudal de energías que poseemos. Y conocen el amor completo, ese mar sin riberas, en el cual todo en la vida cobra sentido, sin el cual todo en la vida se oscurece.

"Atardecer de primavera. El aire está poblado de sonidos. Las voces de los niños que juegan llegan de todas partes, desde lejos, como para demostrar que la vida continúa palpitando en el espacio... ¡Oh, qué dicha la de existir! ¡Qué dulce es vivir sobre la tierra y amar la vida! ¡Oh, qué hermoso sería poder dar gracias a la vida misma, hablándole directamente, de frente! Sí, Lara es todo esto. Puesto que es imposible comunicarse mediante palabras con estas fuerzas ocultas, Lara es su representante y su símbolo". (Pág. 235).

Pero la hora de parto, de ese parto gigantesco que hace crujir los huesos de la vieja Rusia, concluye por arrebatarse incluso este gran amor y, con esa pérdida, su salud y sus esperanzas. Lo que queda es una sombra del hombre que fue, una ruina sin fe, sin deseos de vivir, desnudo y mísero.

Es el momento de una niña samaritana: Marina. Lo cuida, lo acaricia, le da hijos. Aun en los peores minutos, la vida silenciosa, oscura, pero infatigablemente continúa buscando la inmortalidad, la de la especie, si no hay otra.

Estos amores son unos hilos en que se deshace la cascada rugiente que arrastra a hombres, pueblos y acontecimientos, y que Pasternak ha querido pintar en su novela con realismo y pasión a la vez; sus infortunios son innumerables; y sus ilusiones, maravillosas. Repetimos lo que escribíamos al principio: ésta es una epopeya. La juventud del año 17 se embriagaba con sus esperanzas, preveía su tragedia, pero estaba dispuesta a sufrirla:

“Amigos míos, déjenme hablar un momento. Se prepara algo sorprendente, insensato... Se desencadenará un diluvio de sangre capaz de cubrirlo todo, incluso a aquellos que se han atrincherado y fortificado en la retaguardia. Ese diluvio es la revolución... Yo no sé si el pueblo mismo se levantará y se pondrá en marcha, o si todo se hará en su nombre. En acontecimientos de tal importancia, ni siquiera puede aguardarse una lógica dramática. Pero, con todo, yo pongo en él mi confianza. Inútil averiguar las causas de los acontecimientos ciclópeos. Lo verdaderamente grande como el universo, no tiene comienzo. Lo grande llega sin que se sepa de dónde procede, como si siempre hubiera estado presente, como caído del cielo”... (Págs. 159-60).

Yivago tiene que enfrentarse consigo mismo: con su emoción de poeta, su tradición de servicio a la ciencia, el vigor de sus convicciones ideológicas y la relativa debilidad de su carácter. Enfrentarse con la revolución sufriendola en toda su pavorosa violencia. Enfrentarse con el destino de su patria, que es su más alto amor. Enfrentarse con los jefes, los sacerdotes del régimen que —como ha sucedido desde el viejo Egipto hasta acá— administran a los dioses y que en su nombre premian, humillan y tuestan a fuego lento a los que apodan réprobos.

El poeta que hay en Pasternak aparece en cada vuelta de página. Vibra con el silbido puro de la oropéndola, con el perfume erguido en vertical, extraviado en el aire, de las flores estivales, con los ruidos misteriosos que invaden la noche, con la lluvia escasa “que cae como una fina polvareda de agua”, con el deshielo, anunciador de la primavera:

“al principio, la nieve se derretía interiormente, en silencio, como a escondidas. Cuando ese heroico trabajo estuvo a medias cumplido, se produjo el milagro. Bajo la corteza de nieve dislocada, el agua comenzó a correr y a cantar. Las entrañas impenetrables del bosque se estremecieron... El agua

rebosante de alegría, caía por los acantilados, formaba lagos, se expandía ampliamente por doquier... La tierra estaba saturada de humedad, hasta muy arriba, hasta las nubes casi... La primavera se le subía a la cabeza al cielo y éste, ebrio, se cubría de nubes que a su vez planeaban sobre los bosques, dejando caer chaparrones cálidos que olían a tierra e iban limpiando el suelo de su armadura de hielo negro y agrietado" (Págs. 203-4).

Entre las acechanzas del hambre y del absoluto desamparo, la belleza no alcanza a ser una alegría perenne; pero sí un lenitivo, un bálsamo, un respiro de ilusión. Es la invitación de la vida a seguir viviendo, a detener, aunque sea un minuto más, el hachazo de la muerte.

La revolución, él la ha querido; la recibe con júbilo, participa de ella y la sufre con orgullo. Se imagina que devuelve la vida a un pueblo crucificado, la libertad —la ansiada libertad— a todos los oprimidos.

"Un nuevo nacimiento. Todo el mundo se ha transformado, se ha reencontrado. Se diría que cada uno ha sufrido dos revoluciones: la suya personal y aquella otra en que como arroyuelos se vacian todas esas revoluciones particulares, personales, en un océano de vida (Pág. 130). Qué cirugía magnífica. Una, dos y tres y os revientan los viejos abscesos fétidos. Sin equívocos y con absoluta simplicidad liquidan una injusticia secular... ¿Trabaja Ud. con ellos? Sí, trabajo con ellos y soporto con orgullo mis privaciones; tengo respeto por los hombres que nos hacen el honor de infringirnoslas". (Págs. 172-3).

Esto era al comienzo de la revolución. Después de tres años de agonía:

"Un hombre de aspecto salvaje se acercó al grupo de los lectores. Estaba demacrado, tan sucio que parecía tostado; llevaba un bastón y un bulto al hombro. Era el Dr. Yuri Andreievitch Yivago. Su sacón de piel había desaparecido ya ha mucho. Se lo habían robado en el camino o lo había canjeado por provisiones. Usaba ropas viejas que no abrigaban, con mangas demasiado cortas para él. Le quedaba en la bolsa un mendrugo de pan recibido como limosna en la última aldea, y un pedacito de tocino... Durante largo tiempo de su recorrido había costado la línea del ferrocarril, abandonada y cubierta por la nieve. Pasó junto a convoyes enteros del ejército blanco con sus vagones de pasajeros y de carga, detenidos por abundantes nevadas, por la derrota de Koltshack, por la falta de carbón. Esos trenes bloqueados, inmovilizados para siempre, sepultados bajo la nieve, se extendían en hileras casi ininterrumpidas durante varias decenas de verstas. Servían de fortaleza a las bandadas de salteadores que asolaban los grandes caminos, de guarida a los criminales evadidos y a los refugiados políticos, esos peregrinos involuntarios de nuestra época; pero sobre todo de fosa

común a los que morían víctimas del frío o del tifus que hacía estragos a lo largo de toda la vía y devastaba aldeas enteras. La época justificaba el antiguo adagio: el hombre es un lobo para el hombre. Al divisar a otro viajero, cada viajero daba un rodeo, pues un hombre mataba al que se le cruzaba para no ser muerto por él. Se vieron casos de antropofagia. Las leyes de la civilización estaban abolidas; regían las leyes del mundo de las fieras" (Pág. 325).

Con todo, jamás se aminora el amor por su país:

"madre gloriosa e incomparable, cuya fama se extiende más allá de los mares, mártir tenaz, extravagante, exaltada, adorada, de ímpetus siempre imprevisibles y por siempre sublimes y trágicos".

Lo que desprecia es la insolencia intelectual de los jefes del régimen, su hipocresía —para él transparente—; sus lugares comunes exaltados a la altura de paradigmas universales. No podía soportar su misticismo político del cual nadie podía atreverse a discrepar. Yuri lo expresa más de una vez. Y aquí reside, posiblemente, el secreto de la repulsa soviética contra la novela. No es el primer caso de la historia en que un hombre de talento que adora a Dios pero reniegue de sus sacerdotes es arrojado a las fieras. A Voltaire le sucedió algo muy parecido y hasta ahora su nombre es símbolo del más craso ateísmo. Y, sin embargo, jamás Voltaire dudó de Dios. En tiempos de dictaduras hay que pagar un precio muy alto por conservarnos fieles a nosotros mismos.

Una palabra final sobre el estilo. Harto difícil es apreciarlo al través de traducciones. En todo idioma, las palabras son seres vivos y muy complejos. Los significados que les asignan los diccionarios no revelan los matices de sentimientos que envuelven, la finura ni la belleza que evocan, los tonos que sugieren, la poesía o la fealdad que encierran. No podríamos —sin conocer el original— hablar sobre el estilo de Boris Pasternak. Podemos aludir solamente a lo que él ha querido llegar. No podríamos juzgar si lo ha conseguido o no. Lo que anhela es:

"Durante toda su vida había soñado con una esfumada y casi silenciosa originalidad, invisible a simple vista, disimulada bajo el velo de una forma corriente y familiar. Toda su vida había luchado por elaborar ese estilo directo y sin pretensiones que permite al lector y al auditor apoderarse del contenido sin siquiera darse cuenta de cómo ha llegado hasta él..." (Pág. 375).

Nosotros juzgamos que lo ha conseguido; que "El Dr. Yivago es un canto imperecedero a la gloria de Rusia".